

# Maria Reina de la Paz

Enero – febrero de 2008 - Editado: por Eco di Maria, C.P. 47 - 31037 LORIA (TV) (Italia) - Tel / fax 0423. 470331  
A. 24, N° 1-2; Esd.a.p. art.2,com.20/c, leg.662/96 filiale di MN-Autor.tribun.MN: 8.11.86, ccp 14124226

197



Mensaje del 25 de noviembre de 2007

“Queridos hijos, hoy mientras festejáis a Cristo, rey de todo lo creado, deseo que él sea el rey de vuestra vida. Sólo a través de la entrega, hijitos, podréis comprender el don del sacrificio de Jesús en la cruz por cada uno de vosotros. Hijitos, dad vuestro tiempo a Dios para que él os transfigure y os llene con su gracia, para que vosotros seáis gracia para los demás. Yo soy para vosotros, hijitos, un don de gracia y de amor que viene de Dios para este mundo sin paz. Gracias por haber respondido a mi llamada.”

## El Rey de nuestra vida

Hoy, mientras festejáis a Cristo, Rey de toda la creación, deseo que Él sea el rey de vuestra vida. María nos indica con pocas y simples palabras el sentido de la fiesta del día de hoy: si festejamos a Cristo Rey sin hacerle Rey de nuestra vida habremos vaciado la fiesta de su profundo significado y habremos desperdiciado una vez más una ocasión para entrar en el plan de salvación de Dios y obtener beneficio de lo que celebramos. Esto vale para la fiesta de hoy, para cualquier otra fiesta cristiana, para todos los sacramentos, especialmente para la Confesión y la Eucaristía. Si no entramos con amor y pasión en las celebraciones sagradas, si las reducimos a meras fiestas mundanas, no podemos luego pretender encontrar a Dios. De igual modo, no podemos recibir la Santa Comunión del mismo modo que nos llevamos a los labios una aspirina para el dolor de cabeza o recurrir al confesor como se hace con el amigo del que se espera humana consolación. Celebrar a Cristo Rey sin acogerlo como Rey, significa tomar la liturgia como representación teatral, tal vez sagrada pero difícilmente salvadora.

Acojamos el deseo de María; aunque la fiesta haya pasado cuando leáis esto, podremos igualmente recuperarla en nuestra alma porque cualquier momento es bueno para reconocer a Jesús como Rey de nuestra vida y decidimos a vivir consecuentemente. Tú dices que soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz (Jn 18,37). Cristo Verdad testifica al mundo que hay una realidad que el mundo no conoce; una realidad que no está hecha de poder, ni de riquezas, ni de honores mundanos sino sólo de amor, de amor sin condición alguna, sin gratificaciones, de amor que se entrega totalmente, que se hace don gratuito y absoluto.

El trono de Cristo es Su Cruz. No es fácil de entender, ni mucho menos de aceptar, porque sabemos que si Le persiguieron a Él, nos perseguirán también a nosotros



“Dios ha generado el mundo en su fundación,  
María ha generado el mundo en su reparación”.

San Anselmo

(cfr Jn 15,20). Pero el misterio del Amor se revela a quien intenta vivirlo: Solo a través de la donación, hijos, podéis comprender el don del sacrificio de Jesús en la cruz por cada uno de vosotros. Hacerse don para conocer el valor salvador de la Cruz y aceptar en Ella todas nuestras cruces (Mc 8, 34). Es un compromiso serio, difícil, que requiere coraje, abnegación y paciente espera (dad tiempo a Dios) de la obra de Su gracia en nosotros. Hijos, ofrecedle tiempo a Dios, para que Él os transfigure y os llene con su gracia, para que seáis gracia para los demás. Estupenda humildad de Dios que espera (dadle tiempo a Dios) nuestra disponibilidad para dejarnos transfigurar en Cristo Jesús y en Él ser gracia para los demás.

Y en esta espera Dios nos ofrece el don de la presencia de María, Madre que sigue generando hijos en su Hijo Jesús, sin atraer la atención de los medios de comunicación, sin el honor de los reportajes, acercando de este modo el tiempo bendito de Su regreso y del triunfo de Su Reino de amor y de paz. Yo soy para vosotros, hijos míos, un don de gracia de amor que viene de Dios para este mundo sin paz. Acojamos sin reservas, con profunda confianza, con corazón abierto, este don de gracia de amor que viene de Dios y que se llama María. Acojamos sin demoras Sus deseos, retomemos sus mensajes, esforcémonos por vivirlos; son aceite para nuestras lámparas, para que no faltemos a la cita del Señor que llega.

Nuccio Quattrocchi

Mensaje del 25 de diciembre de 2007

“Queridos hijos, con gran gozo en el corazón os traigo al rey de la paz, para que os dé su bendición. Adoradlo y dad el tiempo al Creador que anhela vuestro corazón. No olvidéis que estáis en esta tierra de paso y que las cosas pueden daros pequeñas alegrías, mientras que a través de mi Hijo obtenéis la vida eterna. Es por esto que estoy aquí con vosotros, para conducirlos a lo que anhela vuestro corazón. Gracias por haber respondido a mi llamada”.

## Dad tiempo al Creador

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor (Lc 2, 14) es el canto del coro celestial ante el anuncio, que el ángel da a los pastores, del nacimiento del Salvador. El deseo de paz va dirigido pues a todos los hombres porque Dios ama a todos los hombres. Pero si bien todos los hombres son los destinatarios de este deseo, está claro que no todos viven, o al menos no acogen, el divino deseo. Dios ofrece pero no impone Sus dones y éste es uno de los aspectos más conmovedores de Su Amor.

La vida en la tierra aún está marcada por la división y el abuso; la comunión con Dios se ha hecho posible después de la venida de Cristo pero aún no es universal y la paz prometida a los hombres aún está suspendida entre el cielo y la tierra. Sin embargo no se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión (2 Pe 3, 9). La paz prometida por los ángeles no retrasa sino que espera ser acogida y vivida. Es una promesa en acto que ya ha dado, y continua dando, semillas y frutos de santidad; es un bien presente en el mundo aunque no universalmente gozado.

La paz entre las personas, las naciones, los seres creados, la paz mesiánica está al alcance de nuestra mano pero no puede ser impuesta; debe ser acogida, vivida, y para que esto ocurra es necesario que la voluntad del hombre esté acorde con la Voluntad de Dios, hay que ser hombres de buena voluntad. Con gran alegría os traigo al Rey de la paz, para que Él os bendiga con su bendición, nos dice María en esta Navidad y Sus palabras confirman que la promesa de paz aún subsiste; ante nuestra infidelidad Él permanece fiel porque no puede negarse a sí mismo (cfr 2 Tm 2, 13). El Rey de la paz está allí, en los brazos de María y espera ser acogido en nosotros. Adoradlo y dad el tiempo al Creador que anhela vuestro corazón. Adorar a Jesús significa asumir su divinidad, dejarse penetrar por las radiaciones de Amor que